

¡HÁBLAME CON AUTORIDAD, SEÑOR! por Javier Leoz

Para que, los tantos demonios que habitan en mí,
se dobleguen ante la fuerza de tu verdad.
Y la frescura de tu mensaje,
nuevo e interpelante, comprometido y valiente me hagan comprender
que no existe otro camino, para llegar hasta Ti,
que el de la sinceridad el de creer y vivir lo que uno dice.

¡HABLA CON AUTORIDAD, MI SEÑOR!

Y vea yo que, tus labios, se mueven con la fuerza poderosa de un Dios
que, por hacerte siervo de su causa, habla a través de Ti
bendice con tus manos mira con tus ojos ama con tu corazón.

¡HABLA CON AUTORIDAD, MI SEÑOR!

Pues, en medio de tanta palabra vacía,
necesito de alguna que me dé seguridad claridad en el horizonte
firmeza en mis convicciones convencimiento para seguirte.

¡HABLA CON AUTORIDAD, MI SEÑOR!

Pues bien lo sabes que necesito una palabra salvadora
una fuerza que me reanime de mis males
una luz que me saque de mis noches un mandato que se imponga y
venza sobre lo que me impide ser libre
para ponerme a tus pies y poder servirte.

¡HABLA CON AUTORIDAD, MI SEÑOR!

Pues sabes que soy débil en el camino y que otros dioses intentan
convertirse en dueños de mi destino
Amén.

- PRECES, PADRE NUESTRO

- **ORACIÓN:** Estás viendo, Señor, como tu pueblo espera con fe la fiesta del nacimiento de tu Hijo; concédenos llegar a la Navidad –fiesta de gozo y salvación—y poder celebrarla con alegría desbordante.

<p style="text-align: center;">GRUPO ORACIÓN PARROQUIA BAUTISMO DEL SEÑOR IVº Domingo T. Ordinario 1 febrero de 2009</p>



En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Señor Dios Padre nuestro, te pedimos gracia para comprender mejor la Palabra que se transmite en la Eucaristía Dominical. Concédenos la presencia cercana y gratificante del Espíritu Santo. Te lo pedimos por tu Hijo --y Maestro Nuestro--el Señor Jesús.

Jesús nos enseña con autoridad cada domingo

El Evangelio de este Cuarto Domingo del Tiempo ordinario nos muestra el asombro de los asistentes a la sinagoga de Cafarnaún ante la autoridad de las enseñanzas de Jesús. Autoridad significa conocimiento y certidumbre. Creer con todo el corazón en lo que se dice. Su autoridad profética llegaba a curar con una sola palabra a aquellos poseídos por el mal y por la enfermedad. Jesús –nosotros lo sabemos—domingo a domingo nos sigue enseñando con autoridad.

EVANGELIO

✠ LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 1, 21-28

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos entraron en Cafarnaún, y cuando el sábado siguiente fue a la Sinagoga a enseñar, se quedaron asombrados de su enseñanza, porque no enseñaba como los letrados, sino con autoridad. Estaba precisamente en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo, y se puso a gritar:

-- ¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quien eres: el Santo de Dios.

Jesús le increpó:

-- Cállate y sal de él.

El espíritu inmundo lo retorció y, dando un grito muy fuerte, salió. Todos se preguntaron estupefactos:

-- ¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo. Hasta los espíritus inmundos les manda y le obedecen.

Su fama se extendió enseguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea.

Palabra del Señor

LA MEDITACIÓN

1.- La sinagoga de Cafarnaún, lugar por excelencia de presencias sanadoras de Jesús (curación de la suegra de Pedro, del paralítico o del siervo del centurión), se convierte en los inicios de la vida pública de Jesús en un secreto a voces: ¡Éste habla con autoridad! La Palabra de Jesús se notaba que no era enlatada, no sonaba a hueca, a ese sonido de música metalizada que tantas veces interpretan medios sintetizadores con mucha técnica pero sin alma huma. La Palabra de Jesús, lejos de haber sido memorizada, vibraba con una fuerza que le acompañaba desde su interior y que se proyectaba en el rostro. Y todo, los ojos que lo contemplaban y los

oídos que lo escuchaban, se percataban de ello: era un maestro al cien por cien. De pies a cabeza. Vivía lo que decía. No era letrado, no era docto. Entonces; ¿de dónde le venía la sabiduría? ¿De dónde procedía tan alta elocuencia celestial y a la vez terrena?

2.- Jesús comienza a guardar distancias con la tradición rabínica. Ya no repite como si fuera un loro lo que le han enseñado: ahora se nota que además El lo vive y que, lejos de poner la Palabra a sus pies, es El quien se pone enteramente a su servicio. El profetismo de Jesús, que anuncia y denuncia, comienza a tomar cuerpo en la sinagoga de Cafarnaún. Lo que creía lo decía y, lo que exponía, no siempre sentaba bien. La libertad, como siempre, -también en Jesús- tendría un precio: la muerte. Sabía perfectamente Jesús, que su reino no era de este mundo. Que iba a ser signo de contradicción. Que, ser el Ungido, implicaba tal vez formar parte de esa gran estela de hombres que, por haberlo dicho todo, dejaron también su fama y su piel por el camino en el Antiguo Testamento.

3. Se aprende a ser virtuoso de la misma manera como nos capacitamos para un arte, para un deporte. Nuestra personalidad se va puliendo paso a paso, si avanzamos de la mano del Señor. Así, después de unos meses, de unos años nos alegra el haber alcanzado ciertas metas: Ya soy un hombre manso. Ya mi conducta es coherente con mi imagen social. Ya superé aquella dependencia. Ahora me comunico con Dios sin remordimientos. Ahora hago el bien de manera espontánea. He alcanzado la paz interior. Olvidé mi pasado y me siento acogido por el Señor. En otras palabras, mi demonio personal ha huido y ya soy criatura nueva.

4. Los maestros de la Ley leían, interpretaban la Palabra, casi se consideraban los propietarios de la misma. ¿Y Jesús? ¡Ay Jesús! En Jesús, los presentes, observaban que era la Palabra la que le poseía. Que, el Señor, era un cauce por el que fluía con todo su esplendor la Revelación. Jesús, en Cafarnaún, pone sus labios al favor de Dios. Y, Dios, ubica en la boca de Jesús la Palabra. ¿Podían esperar más frescura y más encanto en el Gran Profeta? ¡No! Y lo apreciaban: ¡Habla con autoridad! ¡No era como esa palabra congelada y desgranada con rostros interesados o postizos que se daba a todas horas y que dejaba en el estómago una cierta acidez! Ahora, al digerir esta Palabra, veían que además producía esperanza, paz, perdón, amor y sosiego. Tal vez Jesús, si hoy apareciese y lo hiciera de igual forma que en Cafarnaún, muchos nosotros exclamaríamos: ¡Esto ha sido un sermón de campanillas!